

PILAR EYRE

NOMEOLVIDES



Pilar Eyre



Nomeolvides

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Pilar Eyre, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

© de *El poeta pide a su amor que le escriba*: Herederos de Federico García Lorca
La Luna y el Toro

Letra: Alejandro Cintas

Música: Carlos Castellano

© Copyright by Warner/Chappell Music Spain, S. A.

Edición autorizada por WARNER/CHAPPELL MUSIC SPAIN, S. A., para todo el mundo
Someone like you

© 2010 Adele Laurie Adkins and Daniel Dodd Wilson. Administrated by Universal Music Publishing Ltd., BMG Monarch and Sugar Lake Music

O tren

© Andrés Lapique Dobarro/Universal Music publishing Ltd.

Oi ama Euskal Herri

© Enrique Ugarte/Benito Lertxundi Esoain/Elkarlanean

Bambolero

© Tonino Antoine Baliardo/Jahloul Bouchikhi/Simon Diaz/Nicolas Reyes/Timan-fahja Deis Mus

Camino de Guanajuato

© José Alfredo Jiménez Sandoval/Edit. Mex. de Música Int

Sarandonga

© Daniel Morán Rubio/Ángel Mateu Moreno

Viatge Interior

© José Andujar Pérez

Salut Charlie

© Johnny Hallyday

Se han realizado todos los esfuerzos para contactar con los propietarios de los copyrights. Con todo, si no se ha conseguido la autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado

Primera edición: octubre de 2015

Depósito legal: B. 23.249-2015

ISBN: 978-84-08-14586-8

Preimpresión: Víctor Iguar, S. L.

Impresión: Cayfosa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

—Hostia puta.

Mi peluquero detuvo por un momento su apacible trasquileo sobre mi cabeza, levantó las tijeras y me miró frunciendo el ceño, a través del espejo. A pesar de mis ojos desorbitados y mi gesto de inequívoco horror tapándome la cara con las manos, solo dijo a la inglesa (el establecimiento es muy fino, un poco más allá está sentada la dueña de Codorniu, Letizia vino una vez):

—¿Perdón?

Pausa dramática. Lentamente, dedo a dedo, fui descubriendo mi rostro ya libre de morados y hematomas. Los ojos, psches, hombre, ningún poeta diría tus ojos son como palomas, o tus ojos son la patria del relámpago y la lágrima, o son ríos tus ojos, yo camino por ellos, ni siquiera eso de que mis ojos tienen el color de la luna, pero cosas más deplorables se han visto en este mundo. Una ceja más alta que la otra, eso sí, pero el botox que me había puesto una semana antes había corregido la anomalía.

Una semana antes.

Botox, rellenos, ácido hialurónico, yo qué sé. Para los ojos, bien. Pero la boca, ay, la boca; Houston, tenemos un problema. Mira que mi benemérito cirujano plástico me lo había advertido:

—Pilar, si ese... evento misterioso del que no me quieres decir nada es el día 15, ¡esto irá un poco justo! No respondo de cómo te quedará el tratamiento, que conste en acta.

Pero ¿me querías meter miedo, querido? ¿A mí con esas? ¿Yo, que había sido la primera en tirar un cóctel molotov en la Universidad de Barcelona y estuve a punto de arrojar asimismo y ya puestos al mismísimo rector por la ventana? ¿Yo, que a mis quince años me había enfrentado a la portera de mi casa al grito de sí, va a subir un chico, no, mis padres no están, y estos son mis poderes (veinte pesetas de la época, que era bastante)? ¿A esta, en resumen, que había desafiado el clima extremo del Valle de Arán en minifalda? Porque, aquí entre nosotros, ¡qué heroicidades hemos llegado a hacer para no dejar nuestra minifalda ni a tiros! Y cuando me preguntaban:

—¿No tienes frío?

Sobre todo al ver los verdugones color violeta que la temperatura de varios grados bajo cero arrancaba a mis esbeltos y desnudos muslos, contestaba tan asombrada como si me hubieran preguntado la composición química de los asteroides lunares:

—¿Frío yo? ¡No! ¿Por qué?

Yo, que me había enamorado de un hombre casi veinte años más joven y recuperarlo se había convertido en el eje de mi vida. Ah, Sébastien, cuántas locuras he hecho en tu nombre. ¡Joder, cuántos cientos, miles de horas amándote!

Y por eso, yo, en fin, que me había presentado al Premio Planeta y pretendía ganarlo pesara a quien le pesara, le dije a mi buen médico:

—No, Ramón, adelante, yo arrostro las consecuencias.

Quiero volver a ese momento de estupidez supina. ¿Dónde está el botón para rebobinar la existencia? Claro

que, si existiera este botón, lo utilizaría para otras cosas, para volver a esa primera noche en Llafranc, Sébastien me abrió el cuello de la blusa para ver la cruz que llevo sobre el pecho mientras sus ojos brillaban con un fulgor insoportable. Nos pusimos serios, el tacto de sus yemas sobre mi clavícula, ah, ese mechón canoso que le caía sobre la frente.

Yo me preguntaba ¿cómo amaré?

O aun antes, en el comedor de El Gitano, yo hablaba con mis amigos, tú con tu hija, y en la distancia te adivinaba el ansia de arrancarte el cinturón, tenderme sobre la mesa y destrozarme y destrozarte. Respiramos al unísono como si nos faltara el aire y se hundió nuestro estómago, el ombligo se pegó a la columna vertebral por la parte de dentro, y de algún sitio, quizás desde los muslos temblorosos, surgió un rugido de tren en llamas, pero apreté los dientes y volví a hablar con Santi, Camila y Martín, y aunque ahora me metieran palillos entre las uñas, no podría decir qué coño de conversación tenía con ellos.

Amor, lo usaría para repetir mil veces el sonido de mi nombre en tu boca, Pilar. Pilarita. Pilarita.

Para todo eso usaría el botón de *replay*.

¿Lo volveré a ver? ¿Me buscarás, hombre alto?

Lo imposible ha sucedido. Pero ya lo contaremos. Tenemos un largo viaje de trescientas páginas por delante.

El deseo viene y va como el hipnótico rumor de las olas.

Bien, no despistemos, estábamos en lo de mi boca. Un periodista que me entrevistó al día siguiente del premio la definió así: «Pilar Eyre tiene una extraña cara algo desmoronada en la parte inferior, pero que no deja de resultar atractiva».

Qué cabrón. Aunque habrá que darle las gracias.

Mi peluquero se alejó unos metros, entrecerró los ojos, usó los dedos índices en ángulo con los pulgares como quien está mirando un fragmento de cuadro, se fue hacia atrás sin dejar de observarme, dio una pirueta que devino en vertical, varias volteretas, se colgó de la lámpara, tomó impulso para columpiarse ante el asombro de todas las clientas en distintos grados de embellecimiento, una con las piernas estiradas y algodones entre los dedos de los pies, la otra con una capa plateada sobre los hombros y unos hilos de leves mechones de cabellos untados en arcilla extendidos sobre ella como los grandes jefes maoríes que salen en las novelas de Sarah Lark, la otra con las pezuñas extendidas frente a una bella muchacha sentada en una sillita baja, algunas con las cabezas metidas en armatostes de distintos tamaños que las asemejaban a abejorros gigantes, una poniendo morritos con una capa de cera sobre el labio vulgo bigote y las cejas teñidas de negro a la manera de Marianico el Corto, todas ellas mirando a mi peluquero-acróbata, que hace mutis por el foro después de haber levantado una copa imaginaria y entonado el aria del brindis de *La Traviata*:

*Libiamo libiamo nel'lete calici
Che la bellezza infiora.*

Nos ponemos en pie también brindando, nos unimos a él, la de la capa encabezando el cortejo:

Libiamo libiamo...

A mi peluquero le gusta la ópera, una vez fuimos juntos al Liceo y yo me quedé dormida sobre su hombro. Nos hicieron una foto que luego sacaron en las redes sociales con

comentarios jocosos tipo en manos de quién está nuestra cultura. Payasa. Drogada.

Libiamo libiamo...

Era capaz de todo el cabronazo con tal de no darme su opinión sobre mi nueva imagen.

Fue la manicura la que constató de forma dubitativa:

—Qué exagerada eres, solo estás un poco...

A ver. Déjenme explicarlo desde el principio. Yo me había presentado al Premio Planeta y mi seudónimo había salido ya publicado como uno de los diez autores que habían llegado a la final. Coral Teide, Coral por el nombre de una amiga mía, y Teide para conservar la música de mi apellido.

Y ahora, redoble de tambores, salta la gallina.

¡Sabía que iba a ganar!

Siempre he sabido que tarde o temprano obtendría el premio. Esa certeza personal e intransferible me animó a escribir y me ayudó a convertirme en profesional de la literatura. ¡Creo que el viejo Lara, que entonces era joven, claro está, ya pensó en mí cuando creó el premio en 1952! Se decía, mientras sentaba las bases en uno de esos veladores de mármol donde solían buscar inspiración los escritores, o si no, copas de coñac o de anís Machaquito, de gorra a poder ser:

—Creo que está naciendo ahora la persona que lo ganará dentro de sesenta y tres años.

¿Que no coinciden las fechas y que quizás no tengo la edad que confieso, sesenta tacos? Oiga, que lo mío tampoco son las matemáticas.

El Planeta se falla el día 15 de octubre, Santa Teresa. Yo tenía el íntimo convencimiento de que sí, de que era

ahora o nunca. ¿Cuándo me lo van a dar, si no? Bien, no descarto que los astutos agentes de marketing de la editorial pretendieran salir en el futuro en los papeles, por el premio en sí, y también en el libro de récords Guinness por habérselo dado a la escritora más longeva. ¡Ya veo los titulares! ¡Gana el Premio Planeta a los ciento cuatro años! ¡Va a recogerlo acompañada de sus tataranietecillos!

Ahora en serio, yo necesitaba ganarlo por encima de todo, en primer lugar, porque mi vida abierta en canal en formato libro lo merecía. Soy una escritora que cuenta en su haber, mal que les pese a muchos, con algunos bestsellers, sí, ya sé que ciertos críticos desprecian mi obra y también que nunca figuraré en una antología de los mejores libros del año. Pero, gracias a estos libros, me he comprado una casa en la Costa Brava, mi hijo ha tenido una educación de príncipe real y yo puedo ir a mi médico de estética, tenderme en la camilla, cruzar mis manos sobre el pecho y decir:

—Procede, Ramón.

Porque el día de la entrega del premio quería lucir joven y bella. Mi rostro aparecerá en toda España y allende los Pirineos... ¡Francia! ¡Sébastien!

Ya aquí viene la auténtica razón de que me haya presentado a este premio: su fuerza arrastrará a Sébastien hacia mí; otros ofrecen corbatas, perfumes, relojes, hijos, yo te ofreceré el Planeta, hombre del norte, ¿cómo podrías resistirte? Ven, ven, nos amaremos de nuevo sobre un lecho de flores.

El juego de nuestras lenguas. Tu semen, ese río incandescente que me circula por dentro. Tu boca tibia y húmeda.

¡Si me abrieran las venas, no encontrarían sangre, sino Sébastien!

Por primera vez en mi larga vida profesional no había escrito ni una novela histórica, ni una biografía. Durante

ese breve invierno de lluvia e incertidumbres, había vertido sobre el ordenador este amor loco, esta ansia descontrolada de beber de sus labios. Mi hijo había leído el resultado y había dictaminado:

—No sé de qué va, pero está de puta madre.

Y así, sin saber que eso que estaba escribiendo tenía un nombre y que ese nombre era autoficción y encima estaba de moda, decidí presentarlo al premio. Todo debía ser llevado en secreto. Había enviado el manuscrito a la editorial por correo certificado en el mes de junio y durante tres meses me había estado comiendo los puños de loca impaciencia. Cuando terminaba con los míos, mis hermanas, mis primas y mis amigos me dejaban los suyos un rato.

Sí, es el mismo género en el que estoy incurriendo ahora, quedan ustedes avisados. Que nadie crea que esto es invención, sino el relato de lo que me pasó desde ese 15 de octubre, porque a mí solo me ocurren sucesos asombrosos.

¿Alguien creía que no iba a luchar a muerte para poder recuperarlo? Esta pasión me ha vaciado de todo menos de Sébastien. Sé que hay muchas historias en el mundo, yo misma he escrito sobre ellas en decenas de libros, pero ahora solo puedo hablar de ti. Venid aquí, recuerdos, compareced y formad uno detrás de otro. Yo creía que su sexo sería el último que tocarían mis labios. Quizás.

Pobre ilusa. No es mi vida. Es la vida de todos. Levantas una piedra y debajo aparece lo extraordinario.

Pero en esos momentos, en la peluquería, todo se había borrado de mi mente y solo veía mi rostro. La manicura, que también tenía sus añitos, inclinó la cabeza sobre un

hombro como un pájaro y dijo pensativamente mientras escogía un tono geranio para pintarme las uñas:

—Me recuerdas a Mari Trini; era guapa, eh.

La encargada, que pasaba a cobrar una factura in situ antes de que una concejala de nuestro ilustre ayuntamiento ingresara en prisión por deudas con Hacienda y cuentas sin declarar en Andorra y más allá, soltó dando un toque culto:

—Picassiana.

Lo que llamó la atención de la esteticien que acudía rauda a arrancar la tira de cera del bigote de su clienta, y no sé qué dijo exactamente debido al berrido agónico de la buena mujer, solo sé que terminaba en:

—... con personalidad.

Y allí estaba yo, con una inseguridad brutal, a dos días de la concesión de un premio que llevaba esperando toda la vida y que iba a proyectar mi imagen en todas las pantallas de televisión, en las revistas y en los periódicos. Todos los conjuntos que me había comprado me esperaban colgados en sus perchas como amigos desnutridos, una chaqueta de cuero verde, sexy pero elegante (me había costado un huevo), un dos piezas de Mad (otro), unos pantalones que solo me podía abrochar estirada sobre la cama y subiéndome la cremallera con la meticulosidad de una operación a corazón abierto porque ni bragas, esa palabra tan fea, podía llevar, y unos zapatos de tacón tan vertiginoso que me asemejaban a una de esas gigantas que alegran nuestros pueblos en el día de su fiesta mayor (algunos de estos pueblos también tiran cabras y pavos por los campanarios en señal de jolgorio, pero este es otro tema).

Dos días para arreglar ese desaguisado. Cuánto me entenderán todos esos colegas que salen en televisión, que se

someten a escondidas a algún arreglillo estético y a los que su médico dice:

—¿Cuándo tienes pantalla? ¿En una semana? Ca, hombre, en una semana estarás cojonudo.

Y han de salir con gafas oscuras o han de poner de sustituta a Terelu.

Metí en internet estas palabras: «efectos secundarios indeseables de las infiltraciones de relleno», y me salieron setenta mil respuestas.

Lo probé. Todo. Me unté los labios con Halibut, Hemoal, Thrombocid y varias pomadas de cortisona, me puse cubitos de hielo, calor y cubitos de hielo, sucesivamente. Unos decían que debía permanecer en silencio, otros que, al contrario, debía gesticular mucho. Alterné las dos modalidades.

Por la noche me cubría de pasta de dientes y me tapaba los labios con una gasa. Nada. Entonces me vi obligada a desarrollar mis propios métodos, me dije, Pilarita, recuerda que aprendiste a hacer los antecitados cócteles molotov siguiendo las instrucciones de un camarada alemán miembro de la Baader Meinhof que no hablaba ni palabra de español y era un entusiasta practicante, además, de lo que en aquella época se llamaba amor libre.

Un salido, vamos. Me tuve que acostar con él, porque así lo mandaban los reglamentos no escritos del manual del perfecto revolucionario, pero al fin logré elaborar unos artefactos bastante potables que no llegaron a estallar, por supuesto, pero hacían un ruido de pfffiit muy parecido al de un globo al deshincharse y también acojonaban lo suyo.

Me puse una tirita disimulándola con maquillaje. Se notaba mogollón. Una goma elástica alrededor de la cabeza como si me doliera una muela o fuera un conejo de Pascua. No servía. Una pinza. Nada, rápido, rápido, apenas quedan

unas horas. Y opté por reinventarme. Aprendí a sonreír solo por el lado bueno, como si dijéramos, para que hiciera pareja con el lado malo que ya se iba él solo hacia arriba.

Inténtelo. Ahora. Difícil. ¿No?

Vale, sí. El único inconveniente era que tenía que sonreír sin parar, aunque el resultado de las votaciones al final no fuera el esperado, cuando lo que me pediría el cuerpo en caso de perder sería arrojarme al suelo pataleando después de romperle algunas muelas a los miembros del jurado de un puñetazo. Tampoco si ganaba, como era mi idea, podía reírme a carcajadas, sino que tenía que corresponder con una sonrisa a media asta como si, en lugar de estar entregándome el premio más importante de las letras españolas, estuvieran indicándome cómo se va al lavabo, al fondo a la derecha.

Todas estas maniobras tuve que realizarlas encerrada en mi habitación, ya que ni por un momento se me ocurrió comentarle mis cuitas a mi hijo. Él estaba montando en internet una empresa nueva y no me prestaba mucha atención, solo una vez me preguntó con brusquedad:

—¿No te habrás vuelto a hacer algo en la cara?

Abrí los ojos como platos, y con toda la inocencia del mundo pintada en el rostro, la inocencia del alba que ha de venir, la de los niños recién nacidos y los animalillos del bosque, le dije:

—No. ¿Me tomas por una enferma?

—Sí.

Fingí ofenderme y me retiré dignamente a mi habitación para seguir ensayando mi nueva sonrisa.

Hasta mi perro Fender se asustó con mi extraño comportamiento y se metía debajo de la cama; solo se veían sus ojos brillantes como botones de azabache; una vez me arro-

dillé para dispensarle una caricia y reptó de espaldas hasta lo más oscuro gruñéndome y enseñándome los dientes como si no me reconociese. Creo que consiguió incluso poner las dos pezuñas en forma de cruz para ver si así conseguía alejarme.

Perro, que te saqué de una jaula donde te esperaba un destino peor que la muerte.

Ya ven que mi comportamiento era anómalo, incluso para el ambiente locatis en el que me muevo, pero creo que me van a entender. ¡Psicoanalista de guardia, al loro!

Y es que yo, señores del jurado, vengo del país donde habitan los niños raros. De pequeña era fea, esquelética, granuda, miope y no me gustaba bañarme. Escribía versos y me tragaba cuanto papel impreso pasaba por mis manos, mis libros siempre estaban manchados de aceite y de chocolate, desde las gamberradas de Guillermo el Travieso hasta la *Ilíada*:

Canta, oh musa, la cólera de Aquiles.

*Cólera funesta que causó infinitos males a los aqueos,
y precipitó al Hades a muchas almas valerosas de héroes
a quienes hizo presa de perros y pasto de aves.*

Iba con chaquetas de mi madre arregladas con no demasiada pericia por la costurera que venía a casa todos los lunes, parecía Toulouse Lautrec, toda yo cuerpo, además era algo tartamuda y enfermizamente tímida, y todas estas circunstancias hacían que en el colegio no tuviera amigas. Solo hablaba con las que entraban nuevas, ¡a servicial no me ganaba nadie! Les enseñaba dónde podían fumar en el patio y cómo comunicarse con los chicos del colegio de al lado. A la hora de salida, íbamos juntas por la Vía Augusta

y me atrevía, primero con cortedad, pero luego arrastrada por el entusiasmo, a mencionar incluso los libros que leía. A veces me embriagaba contando, por ejemplo, la muerte de Ana Karenina, «dijo, he buscado el placer, pero la dicha que he conseguido no era la que esperaba, ¡y se lanzó a las vías del tren!», y me detenía en medio de la calle gritando, gesticulaba con frenesí remedando a Ana en el instante de saltar:

—¡Se lanzó al tren!

Mi nueva amiga se sentía incómoda, y al darme cuenta, mi voz iba perdiendo ímpetu y terminaba por mascullar, temiendo haber incurrido en un ridículo espantoso:

—Bueno, en realidad lo he leído a trozos... —mentía—, es demasiado largo..., se hace aburrido...

Como luego he hecho con muchos hombres, me rebajaba por ella, me disminuía, me vulgarizaba, yo, que soy alta, incluso me encorbaba para llegar a su estatura física y no digamos mental, y me ponía a hablar de la colección de cromos de Sissi Emperatriz y de que los chicos adivinaban que tenías «eso» por el color de las palmas de las manos.

Hasta en «eso» mentía, porque me vino la regla muy mayor, cuando todas mis condiscípulas llevaban meses luciendo lánguidas ojeras y portando notas de sus madres para que las dispensaran de hacer gimnasia por aquello tan violento de saltar al plinto.

Esto duraba hasta que ellas, las nuevas, dejaban de ser nuevas y se iban con las otras. ¡Soledad de los diferentes, nunca te he olvidado!

Pilarita, niña rara, sigues viviendo en mí, ¿verdad? Quédate ahí donde has estado metida todos estos años, bien adentro, puedes ir todo lo sucia que te dé la gana, ¡las uñas de luto!, ¡el pelo grasiento!, ¡el cuello de la camisa de

color grisáceo! Ha llegado tu hora, con ese premio vas a resarcirte, pequeña.

¿Te acuerdas, Pilar, de ese 15 de octubre de 2014, a las ocho de la tarde? Cómo no, ¿verdad? ¡No hace tanto! ¡Menos de un año!

Salí de casa con una gravedad impresionante, porque en el último momento, sin reflexionar, me tomé un ansiolítico. Recorrí el corto trecho de mi casa al Palacio de Congresos en taxi, y miraba las calles ensombrecidas y la luz agonizante prendida en los ventanales más altos de los edificios, ese paisaje tan familiar que volvería a recorrer unas horas después ya siendo otra.

Nos sentaron a mi hijo y a mí junto a una escritora joven y guapa a la que no conocía. La acompañaba su padre. La muchacha reía ferozmente, tenía una dentadura deslumbrante y unas cejas negras a lo Frida Kahlo, pero sin llegar a juntarse por el medio. Si digo lo de Frida Kahlo es porque al verme dijo:

—Carajo, y pues.

Colegí que era mexicana y que también competía por el Planeta. Pobre, habrá venido de México creyendo que iba a ganar, pensé yo. Miré a padre e hija compasivamente, ¡habrían invertido todos los ahorrillos duramente ganados con el sudor de su frente haciéndose falsas ilusiones! No es que parecieran necesitados, sino al contrario, pero yo sé leer las almas de las personas, por algo me he hecho escritora. Quizás después del premio debería invitarlos algún día a cenar como compensación. Podríamos ir a Via Véneto y que el maître les hiciera su habitual número de prestidigitación pelando una naranja.

Pilarita, hombre, ya sé que vas a ganar 600.000 euros además de las rentas que cobras todos los meses de esas

casas viejas que os dejaron vuestros padres, o sea que por dinero no es, pero yo creo que es más simpático ir a uno de esos bares del extrarradio llenos de colorido indígena. Ahí donde honradas amas de casa con sus carros de la compra vacíos se juegan el dinero de la comida de sus criaturas en las máquinas tragaperras con esa alegre musiquilla. Tiriririii.

Con estos pensamientos misericordiosos me había olvidado de mi sonrisa impostora y presentaba mi rostro asimétrico con un punto incluso de desfachatez. La mexicana me miraba con curiosidad. Meforcé de repente a sonreír. Como un espejo, la muchacha me devolvió la sonrisa. Me puse seria. Ella también. Risa, seria. Basta.

Luego me dijo que creía que era un juego y yo una gilipollas.

Pero yo permanecía ajena a sus deducciones, y para que se viera que tenía mundo y conversación, le dije:

—Y pues.

Exhibía su fresca e insultante belleza embutida en un apretado traje blanco, sus brazos, esa zona tan difícil, al aire, y sus maneras eran altaneras y un tanto bruscas. Vi que miraba con atención el collar de brillantes que había heredado de mi madre y temí por un momento que se lanzara a mi cuello para arrebatármelo, igual quería recuperar ese mítico tesoro robado a Moctezuma por los hombres de Hernán Cortés. Eh, que yo no estaba allí ni tengo la culpa.

Me removí, incómoda, en mi también ajustada chaqueta tipo corsé, por detrás me quedaba corta y según como me ponía se me veía un paliducho trozo de espalda. Siguiendo los consejos de Karmele Marchante, me había llenado el sujetador con algodoncitos impregnados en mi perfume Acqua di Parma que habían hecho estornudar a

Fender, que ni aun así había abandonado su refugio debajo de mi cama. Mi amiga también me dijo:

—No bebas, porque, si no, tendrás ganas de hacer pipí.

No, por la Madonna del Orto, tener que estirarme en el suelo del cuarto de baño para abrocharme el pantalón, tal vez habría charcos de orina que me empaparían el pelo.

No me atreví a preguntarle a la muchacha cómo se llamaba, quizás era la escritora más famosa de México y yo no la reconocía, ¡estaba tan centrada en mis problemas personales, en mis amores y mis desamores, que todo lo demás era tierra incógnita! Recordé un nombre, Elena Poniatowska. ¿Sería ella? Con disimulo miré el iPhone. No, la tal Poniatowska era casi una anciana. Tecleé rápidamente el concepto «escritora mexicana». Sor Juana Inés de la Cruz tampoco podía ser, más que nada porque la ilustre monja llevaba muerta cuatro siglos.

Al final fue ella misma la que adelantó un paso, me tendió la mano y me dijo con voz breve y dura, sin rastro de acento:

—Alma Delia.

El padre se mantenía aparte con aspecto atribulado, dulcemente melancólico, como si todo ese asunto no le interesara mucho. Mi hijo le estaba hablando de su empresa y del mundo internauta, y él cabeceaba como un viejo caballo percherón. Por decir algo, le comenté a gritos, no sé por qué pensé que era sordo:

—Debe estar usted muy orgulloso de su hija.

Me miró con espanto. Farfulló algo que no entendí, un gruñido afectuoso que no le comprometía a nada. Intercambié una mirada con mi hijo: debía ser un pobre loco, qué bondadosa su retoña trayéndolo a un evento tan importante.

Después me explicó que había creído que le hablaba en catalán.

Miré a mi alrededor, todo el mundo se había sentado. Mil personas, autoridades, la flor y nata.

José Manuel Lara. Nadie sabía que iba a ser el último premio que presidiría, porque se ha ido a montar editoriales en el cielo.

Ruidos apagados por la moqueta, conversaciones aun en voz tenue. Un periodista de programas rosas, Lolo Santillán, me cortó el paso y me susurró:

—Sé que vas a ganar.

—Y una mierda.

Me lanzó un beso:

—Para ti, rica. Mucha.

—¡Gracias!

Porque eso, mucha mierda, es mucha suerte en nuestro lenguaje tribal, y Lolo y yo somos muy amigos desde que me hizo una entrevista para la revista de su colegio (sí, bingo, acertaron, es más joven que yo). Y después me cogió por el codo y me dijo:

—Estás genial, chocho.

Me sentí tan agradecida por su piropo madrigalesco que le hubiera lamido los zapatos. Como siempre que estoy mona, pienso, jolinchus, si me viera ahora Sébastien.

La mexicana y yo, mi hijo y su padre, codo con codo. No podía comer nada, pero me llevaba el tenedor a la boca y movía los carrillos como un buey impasible con el oído atento al runrún de las copas al chocar y el murmullo de las conversaciones de empresarios y autoridades, aristócratas y periodistas, escritores, los camareros pasaban con las bandejas en alto, lámparas doradas pendían sobre nuestra cabeza y los manteles almidonados empezaban a llenarse de manchas de vino.

Mira, allí está mi amiga Mary Luz. Fui a cenar con ella hace dos semanas. La Barrantes y yo estudiamos la carrera juntas y empezamos a la vez en *La Hoja del Lunes*, luego ella se fue a Madrid, donde se ha hecho famosísima (no tanto como se imagina, de todas formas). El otro día me llamó al móvil. Me pidió que nos encontráramos en un sitio discreto, por «ejem, ya sabes», y yo tardé solo un segundo en darme cuenta de lo que se esperaba de mí:

—Ah, claro, quieres pasar desapercibida, pero ¿te será tan difícil!

Quedamos en el restaurante que está delante de mi casa. Llegó tarde, como siempre, iba con su abrigo de mouton con estampado de tigre, un enorme foulard que le llegaba al suelo y le tapaba media cara, y gafas oscuras de Gucci tipo antifaz. Era todavía septiembre, hacía calor y, naturalmente, todo el mundo la miró. Se dejó caer con expresión hastiada sobre la silla:

—Oh, qué coñazo, ahora empezarán todos esos a agobiarme.

Pero «esos» ya habían vuelto a hundir las narices en sus platos pasando de todo, y Mary Luz suspiró como con alivio:

—Qué gusto da Barcelona, qué europea, qué discreta es la gente, me encanta poder cenar en un sitio tranquilamente sin que te acosen.

Demasiado tranquilamente.

Mary Luz se puso de pie, se sacó el abrigo y lo colocó con cuidado en una silla, doblándolo interminablemente. Nadie la miraba. Mary Luz tosió alto y llamó al camarero a gritos. Nada. Mary Luz quiso cambiar de sitio y ponerse en el centro del restaurante porque decía tener frío. Nada de nada. Mary Luz sacó el móvil y empezó a vociferar:

—Javier, ¿qué hacen Penélope y Mónica y tu madre, es decir, la madre de Javier Bardem?

No había manera, y me dio tanta pena que fingí ir al lavabo y le dije a un camarero que le pidiese un autógrafo, pero fue peor, porque el chico le explicó todo el rato que era un admirador de su arte y que qué bonitas las sevillanas que canta. Sobre todo esa del polvo del camino.

Al final empecé a aburrirme y le pregunté qué quería de mí exactamente, porque Mary Luz es de esas personas que no dan puntada sin hilo, como repite ella siempre en sus programas de televisión, donde también dice mucho a día de hoy y a los pies de los caballos. Así que se puso a explicarme en un cuchicheo emocionado que la verdadera razón de por qué ha venido a Barcelona es para hacerse un *lifting* con mi médico y que a ver si la recomiendo, porque va a presentar por fin su programa de testimonios a nivel nacional y:

—Mira lo bien que estaría así.

Y se pone las manos a ambos lados del rostro y se estira las arrugas. Parece que se haya puesto una media y esté a punto de dar un golpe en una sucursal bancaria con una escopeta de cañones recortados gritando todos al suelo y cuidadito con hacerse el valiente, pero que el médico le ha dicho que tenía que bajar a siete cigarrillos diarios, si no no la operaba, y que a ver qué me parecía, que si le mentía podía pasar a mejor vida en la mesa del quirófano, para entendernos.

Yo la empujé alegremente a la inmolación.

Cuando salimos, nos encontramos a Pepe Popescu, ese actor joven protagonista de la serie de la 1 en televisión. También iba provisto de sus gafas oscuras, su chaqueta con las solapas levantadas y su foulard, y en esos momentos estaba bramando su nombre:

—¡Popescu! ¡Popescu!

Mientras, el maître comentaba impertérrito consultando su libro:

—Pepe ¿Romescu? ¿Ceascescu? ¿Manolescu? Ah, no, me parece que no tenemos mesa reservada a su nombre, no me suena, señor Bodelescu.

La Barrantes se bajó las gafas hasta la punta de la nariz para dirigirle al actor una mirada complacida en la que leí claramente:

—A que duele, amiguito.

Mary Luz hoy, en el Palacio de Congresos, va también con las mismas gafas oscuras tipo antifaz. La miro. Me mira. Se levanta un instante las Gucci hasta la frente y las vuelve a bajar con rapidez, pero me ha dejado ver sus ojos amoratados y ambas nos sentimos más que cómplices, hermanas en lo de querer ser tan jóvenes por fuera como nos sentimos por dentro.

¿Es malo eso? Dios, ¿por qué me das arrugas y flacideces en lo que se ve, mientras mi oculto interior está lozano, terso y jugoso como una lechuga recién recolectada? Joder, qué mal montado está el mundo.

Solo lo entendemos nosotras, Mary Luz y yo. Tengo ganas de juntar mi meñique con el suyo. Si pudiera, levantaría mi copa y brindaría con ella en la distancia:

*Libiamo, libiamo nel'lietei calici
Che la bellezza infiora...*

Pero esto se ha de llevar en secreto, es una hermandad tan misteriosa como los masones y los rotarios. El viaje de los años. A los jóvenes os causa risa este empeño desesperado, como Sísifo intentando empujar la roca

hasta la cima de una montaña para que vuelva a caer una y otra vez, esta lucha inútil contra el tiempo, no te afanes, alma mía.

Os burláis. Operada, para vosotros, es un insulto, ah, imbéciles.

Ya os llegará vuestra hora, y también os diré, como Mary Luz a Pepe Popescu:

—A que duele, amiguitos.

Suspiro. Tú, tranqui, Sébastien, que esto no va con nosotros.

Empezó el baile de las votaciones. Era tal mi seguridad, que ni siquiera atendía y paseaba mi mirada por el vasto salón, ahí estaba una escritora que triunfó con su primera obra y se había quedado en joven promesa con cincuenta años. Peloteaba a las editoras, al final agarró del brazo a Belén López y trató de explicarle un argumento que se le había ocurrido para un próximo libro:

—Cojonudo, rollo sadomasoquista, un tío guaperas y una estudiante, muy fuerte.

Su forma ansiosa de hablar, los temblores de las manos, la nariz torcida y apenas sin tabique delataban a la consumidora habitual de cocaína.

Más lejos se sentaba ese escritor de pelo teñido de negro que solía perseguir jovencitas a poder ser orientales, aunque a estas horas de la noche ya iba un poco al bulto. Yo estaba segura, porque lo conocía bastante, de que antes de venir se habría tomado una pastilla de viagra y la quería amortizar caiga quien caiga. Lejos habían colocado a mis compañeros de periódico, brillantes y sofisticados. Oía a Emili Rosales anunciando mi seudónimo, Coral Teide, otros nombres, D. Casino, Tade Lizarbe, Daniel de Jorge, Luis Cabrera, Eduardo Nevado, José Miguel Martínez, La-

res. Todos iban cayendo, pero el mío se mantenía, Coral Teide, y también Eduardo Nevado. De la mesa de los escritores jóvenes de verdad, que mantenían con nombre ficticio un blog en el que nos ponían a parir a todos los que teníamos más de treinta años, surgían risas alcoholizadas. Los críticos de los suplementos literarios lo miraban todo desdeñosamente con los párpados caídos sobre sus ojos cansados (no voy a escribir lo que en realidad pienso de esos ágrafos pretenciosos, porque aún tengo la esperanza de que alguno me ponga bien sin necesidad de haber muerto previamente). Una escultural actriz que había escrito un libro de recetas combinadas con sexo tántrico se paseaba por la zona de los peces gordos luciendo sus tetas nuevas a modo de airbag.

Coral Teide, Lares, Eduardo, Coral, Eduardo.

En mi mesa había otras personas, mi vieja amiga Carmen Ramírez, la editora Puri Plaza, un chico alto y silencioso que me miraba con ojos llenos de curiosidad. Se llama Mario y se ocupaba de la organización del evento. Y una escritora de gran éxito, pero presuntuosa y pedante, que nos explicó a todos, incluido un antiguo premio Planeta que estaba enfrente de mí y que escuchó la estupidez con sosegada benevolencia:

—Yo no me presento porque está desprestigiado.

Solté una carcajada y mi hijo me recriminó:

—Compórtate, todo el mundo te está observando.

Con los ojos le conminé a que mirara hacia abajo. A mi mano bajo el mantel. Estaba con el dedo medio totalmente enhiesto, haciendo eso que los cursis llaman una peineta y los demás vete a tomar por culo. Ferri no se rio. Movié la cabeza con esa expresión de infinita paciencia que se le pone cuando habla conmigo y ni siquiera se molestó en

responderme. Al fin y al cabo, ¿qué era yo? ¡Una madre! ¡En el escalón más bajo de su cadena de intereses! Mario se fue al escenario a trajinar con los micros y yo me distraje observando a Alma Delia. La veía sonreír como si guardara un secreto precioso, su seudónimo quizás todavía no se batía en retirada. Bebía vino blanco con avidez, le pedía al camarero como el general que solicita más fusiles y más cañones:

—¡Otra copa!

Entre trago y trago sacaba a pasear sus espléndidos y múltiples dientes, y otra vez se me escapaba un poco la risa mientras le decía mentalmente, sí, eres muy guapa, ¡huelas a juventud!, pero has tenido que venir acompañada de tu padre. No tienes ni marido, ni novio, ni un amante que comparta contigo la divina exaltación de esta espera.

Ya lo dijo el papa hace poco, la peor enfermedad del siglo XXI es la soledad. ¡Que la decreten pandemia y que la traten en los ambulatorios, que investiguen cómo se cura! No vayan más lejos, consúltenme a mí: amor es el nombre del remedio. Ese amor que te abre el pecho con las manos y te arranca el corazón. ¡Sébastien, está a punto de llegar nuestro gran momento, tú también has escrito el libro! Voy a echar los dados, solo puede salir repóquer. ¿No ves que si gano voy a tenerte de nuevo?

Caían nombres, me imaginaba las ilusiones que caían a la vez, Casino, Lares, José Luis... Pero yo me había convertido en una cerda egoísta que solo atendía a lo mío, y reía, reía por dentro. Me cosquilleaba la garganta, ¡por fin la dicha y el éxito se acercaban a mí con pisadas seguras! ¡El amor y la gloria! Miraba a la mexicana con tierna compasión, chamaquita, la conminaba con el pensamiento, vete haciéndote a la idea, ¡perdiendo, que es gerundio!

¡Sébastien y el Premio Planeta!

Sentía hormigueos en la punta de los dedos, creo incluso que llegué a adormecerme quizás por influencia del ansiolítico, y desperté de golpe cuando Carmen Posadas desde el escenario dio el nombre del finalista. ¿Finalista? ¿Qué me importaba?

Ese segundo puesto sería seguramente para un escritor novel. Miré bonachonamente a mi alrededor, pero alguien me dio un codazo:

—Eres tú.

Me señalé a mí misma con el pulgar en un gesto muy ordinario que hubiera merecido la repulsa de mi madre, pero es que no daba crédito:

—¿Yo?

Mi hijo me pegó un empujón que casi me tiró al suelo.

Mientras mi mente permanecía aún estupefacta, mi cuerpo empezó a enterarse de la catástrofe. Me puse a sudar de una forma bárbara, se me secó la boca, los pies me pesaban horriblemente, un pito largo y agudo me comenzó a subir desde los bronquios. No me acordaba de si tenía que sonreír por el lado derecho o izquierdo, y subí al escenario tan trémula y aterida como esa primera estrella solitaria que parpadea en lo más alto de una montaña.

Adiós, pasión de labios sedientos.

Y después dijeron:

—El ganador es Jorge Zepeda.

El padre. Era el padre. En realidad no era el padre tampoco.

Se puso a mi lado encima del escenario mientras esgrimía en alto su trofeo, a nuestros pies centenares de fotógrafos disparaban sus cámaras. La mitad de los asistentes al Palacio de Congresos eran amigos míos, periodistas con

los que había trabajado en distintos medios, colegas con los que me encontraba periódicamente en cenas y reuniones, rivales de juventud en la lucha por la exclusiva, compañeros de universidad; advertía sus ojos abiertos, quizás envidiándome, quizás pensando que el premio era inmerecido, quizás alegrándose, ¡no lo sé! Lo que sí sé seguro es que todos creían que ese era el momento cumbre de mi carrera, pero yo me sentía como un miserable gusano.

¿Conformarme con reptar y arrastrarme cuando yo me había visto como águila imperial, volando en pareja? ¡Sébastien, te iba a ofrecer el Planeta, pero ya se lo han adjudicado a otro! Mi postrera oportunidad ha pasado de largo subida a ese último tren. Adiós sueño del viento, adiós hombre alto. ¡Estuve tan cerca!

Ciega por los flashes, con los ojos arrasados, con un amargor de incredulidad y angustia en el estómago, miraba al frente sin ver, queriendo lo imposible: ser yo el año pasado.

—Échate hacia atrás, Pilar.

Me hacían gestos con la mano que no sostenía la cámara como dándome un empujón. Echarme hacia atrás significaba dejar al ganador en primer plano. Me hundí en las cortinas polvorientas de color granate que estaban detrás de mí como el que cae de espaldas a un pozo oscuro, hondo. Llegué abajo con la nariz taponada por el agua turbia, con los pelos flotando como algas, pero una mano misteriosa me rozó la piel desnuda de la espalda y empecé a subir lentamente atravesando nubes de fango y oscuridad.

Hacia ti, buscándote, Sébastien.